

César fué el primero que concibió y realizó la idea verdaderamente romana é imperial. Separándose de la política del senado que se había limitado á la defensiva, fundó la suya en la idea de que los germanos eran un peligro capital para Roma; que algun día podían traspasar los Alpes y penetrar en Italia; y que la única salvacion estaba en atacar primero, y demostrar por medio del terror á celtas y germanos que contra Roma no había mas recurso que la sumision ó el exterminio. Por eso fué el primero que llevó las águilas romanas á las islas Británicas y al otro lado del Rhin á las selvas de la Bretaña y á los pantanos de la Germania: política que continuaron sus sucesores hasta Claudio, y aun Trajano que siguiéndola aseguraron y ensancharon las fronteras del imperio romano.

Lo mas urgente era empezar por el rey suevo cuya insolencia y cuyo talento no podía ya sufrir la política romana.

César se presentó como protector de los eduos, «los hermanos y afines del pueblo romano», é intimó al jefe de los bárbaros que se presentase en persona á fin de discutir asuntos políticos importantes, conforme era «uso y costumbre cuando Roma trataba con príncipes dependientes suyos.» No lo entendió así el rey germánico, que contestó como de potencia á potencia sin ningun miramiento; lenguaje que Roma no había oído desde siglos antes. Rehusó presentarse diciendo que nada tenía que tratar con César, que si César quería algo de él, fuese á verle, y que no comprendía lo que César y el pueblo romano tenían que hacer en el territorio de Galia ocupado por los germanos, territorio tan suyo por derecho de conquista como el de los romanos el que ocupaban. Despues, cuando César le intimó por escrito que no dejase entrar en la Galia mas germanos del otro lado del Rhin; que restituyese á los eduos sus rehenes y los dejase en paz, contestó Ariovisto con excelente lógica que él ejercía en la Galia del Norte idéntico derecho que los romanos en la meridional; y así como estos imponían dentro de sus posesiones las contribuciones que les convenían, él aplicaba las suyas, segun le parecia y sin intervencion de nadie, á los pueblos que le estaban sometidos. Añadió que mientras los eduos pagasen los impuestos convenidos no les haría ningun mal, pero en caso contrario de nada les valdria el nombre de «hermanos del pueblo romano», que hasta entonces había vencido á todos los enemigos que le habían atacado, y si César tenía ganas de reñir, acudiese y sentiria la fuerza invicta de los germanos, que desde catorce años antes no habían dormido bajo otro techo que el de sus tiendas de campaña.

En esto renovaron los eduos sus quejas, diciendo que los harudos estaban asolando su país y que los treverios habían pasado aviso de que en la orilla derecha del Rhin acampaban tribus de cien distritos suevos diferentes acaudillados por los hermanos Nasua y Cimbero, y estaban á punto de pasar el rio. Con esta noticia determinó César atacar á Ariovisto sin ninguna dilacion antes que recibiera el bárbaro estos nuevos refuerzos. En su consecuencia, hizo emprender la marcha á sus legiones, y sin descansar logró ocupar antes que Ariovisto la importante plaza de Besanzon, á orillas del Doubs, capital de los secuanos. Allí, al oír los legionarios las relaciones de los galos respecto de la gigantesca estatura de los germanos, su aspecto terrorífico, su increíble fuerza y

los alemanes de hoy Chur. El pueblo sencillo del campo llama á estas monedas «platos del arco iris,» y cree que allí donde descansan en apariencia los extremos del arco iris se encuentran estos platos. Sacaban los celtas el oro de las arenas de varios rios de la vertiente septentrional de los Alpes, y Estrabon dice que cuando allí empezó á escasear el precioso metal, fueron á explotar minas auríferas junto á Ictimuloi, aldea cerca de Vercelli, que tambien cita Plinio en su Historia Natural.

habilidad en el manejo de sus armas, su chispeante mirada en la lucha, imposible de aguantar, se desanimó todo el ejército, y en primera línea los tribunos militares, que eran todo menos belicosos, y los prefectos de la caballería, gente meramente aficionada que, como partidarios y amigos de César, le habían seguido desde la capital. Todos estos ó se marcharon ó suspiraban por marcharse, comunicando con su ejemplo un completo desaliento hasta á los legionarios y sus centuriones aguerridos, acostumbrados á la vida del campamento y endurecidos en infinitos combates. Baste decir que en todas las tiendas de casi todo el ejército, se hacían testamentos; y tan degenerada estaba ya la famosa disciplina militar romana que César pudo temer un motin general cuando diera la órden de marchar contra el enemigo. Arengó pues á sus tropas con mucho talento, diciendo que atacaría solo con la legión décima á los germanos, si las demás se acobardaran; y viendo que esto hacía renacer su confianza, se las llevó á marchas forzadas durante siete días hasta que se hallaron en frente del enemigo. Entonces propuso el rey de los germanos una entrevista que no tuvo resultados, y que segun César refiere, era una estratagema para asesinarle ó cogerle, cosa que tambien podía ser invencion suya, con objeto de excitar á sus tropas. En esta entrevista patentizó Ariovisto su gran conocimiento de la situacion y de los partidos políticos de Roma, pues que, entre otras cosas, dijo á su contrario que muchos romanos de elevada categoría le habían prometido montes de oro si le mataba; pero él, muy al contrario, ponía á disposicion de César las armas germánicas contra sus enemigos, si le dejaba el campo libre en la Galia; es decir, la peticion de siempre desde los cimbras hasta el siglo VI: tierras á cambio de servir á Roma con las armas. Pero César quería la Galia para Roma, y Roma para sí.

En la Alsacia Baja como entre Cernay y Nieder-Aspach, cerca de Mulhausen, á dos horas del Rhin, se encontraron los dos ejércitos.

Ariovisto, al revés de los cimbras y teutones, maniobró con habilidad suma, pasando súbitamente por delante del campamento romano y aislándolo de la base de sus comunicaciones, y abastecimientos, mientras evitaba la batalla, apoyándose, para contentar á sus germanos, en el dicho de las profetisas que desaprobaban toda accion antes de la luna nueva. Trabajo costó á César restablecer sus comunicaciones, dividiendo su ejército en dos partes, enviando dos legiones para dar la vuelta á las fuerzas germánicas. Al momento arrojóse Ariovisto sobre el campamento de la division mas pequeña, aunque sin resultado, gracias á la perfeccion de la táctica y de los campamentos romanos, que como en tiempo de los cimbras é infinitas veces se burló de la furiosa y ciega embestida de las hordas germánicas. Bajo la impresion fresca de esta victoria, mandó César atacar en toda la línea.

Ariovisto formó su gente segun costumbre germánica, por pueblos y tribus, á saber: los harudos, marcomanos, tribocos, vangiones, nemetos y gedusios, á los cuales César añade los suevos, ignorando que este era un nombre colectivo que comprendía muchos pueblos, como por ejemplo los mismos marcomanos. A espaldas de estas fuerzas se hallaba el campamento con su cerco de carretas á guisa de fortificacion, segun uso antiguo desde los cimbras á los visigodos, á fin de proteger las familias que acompañaban á los guerreros en todas sus grandes expediciones con todo lo que poseían, y que los excitaban antes de entrar en batalla á defenderlas y no dejarlas caer en esclavitud y deshonra; y no como supone César, únicamente para cortar la retirada á los combatientes.

La táctica militar romana de conservar disponible un gran cuerpo de reserva decidió esta como tantas otras batallas en favor de las armas romanas. César en persona con el ala derecha de sus tropas atacó el ala izquierda de los germanos como la parte mas débil del ejército enemigo, y desbandó las diferentes falanges que la formaban, mientras su propia ala izquierda sufría la misma suerte cediendo al empuje de las fuerzas superiores que tenía en frente; pero sostenida á tiempo por las reservas que tenía á sus espaldas, y que uni-

das al ala que mandaba César lograron encerrar por ambos flancos al centro y ala derecha de los germanos; pronto se declararon estos en fuga á la desbandada hasta el Rhin, distante solo cinco millas romanas (y no 50 como dicen otros, entre ellos Napoleon III). Las últimas falanges estrechadas entre las dos alas y el centro de los romanos, no pudiendo huir ni desarrollarse, se cubrieron por delante y por encima con sus escudos formando una masa tan compacta que los legionarios pudieron saltar encima y hundir



Destruccion de una aldea germana por las tropas romanas.—Copia de un bajo-relieve romano

sus mortíferas armas en la carne viva que tenían debajo de sus piés. Muy pocos de los fugitivos lograron lanchas para salvarse al otro lado del rio, entre ellos el rey; pero sus dos mujeres y una hija fueron degolladas en el camino y otra hija fué hecha prisionera por la caballería romana mandada por César en persona que persiguió y degolló á los fugitivos sin misericordia.

Roma había ganado en esta sola batalla la frontera del Rhin.

César dejó á los tribocos, nemetos y vangiones los territorios que ya desde mucho antes ocupaban en la Galia, por supuesto como súbditos de Roma, encargándoles la proteccion y defensa de las fronteras contra los ataques de los germanos de la otra orilla; pero los harudos, marcomanos y otros suevos cuyas tribus habían llegado con Ariovisto, fueron ó muertos ó vendidos por esclavos sin consideracion ni lástima.

Las tribus de los cien distritos suevos que trataban de pasar á la Galia cerca de Tréveris, renunciaron á su plan al saber la derrota de Ariovisto y volvieron atrás, hostilizadas por los ubios que los habían soportado únicamente por temor al rey suevo, pero que á la sazón causaron notables pérdidas á tan incómodos huéspedes, mucho mas bárbaros y mas nómadas que ellos y quizás tambien por ser además

de diferente raza, aunque se ha exagerado mucho la enemistad y contraste entre suevos y pueblos de otra rama.

Un amigo de César que había sido hecho prisionero contó despues que los bárbaros habían echado por tres veces á la suerte si le quemarian vivo en seguida ó mas tarde, á pesar de que por lo comun los germanos solían respetar el derecho internacional.

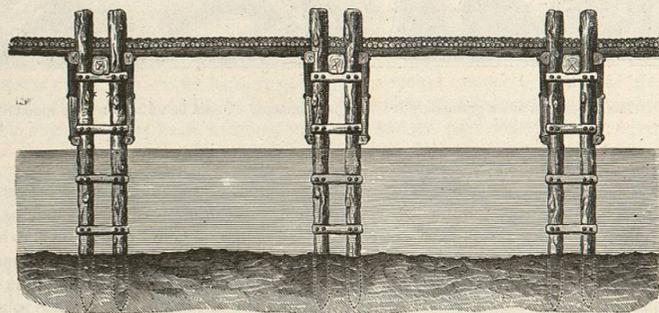
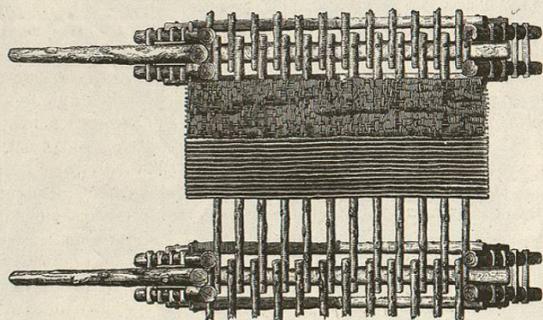
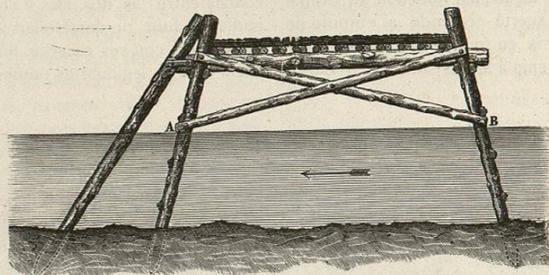
Destruído el poder de los germanos en el suelo de la Galia, no costó ya trabajo impedir la entrada de nuevas hordas.

Sin embargo no dejaron de presentarse, y al fin no hubo mas remedio que pasar al otro lado del Rhin y dar á los bárbaros en sus propias selvas, una leccion mas eficaz que las meramente defensivas, para que se convenciesen de que para Roma no había fronteras, que sus armas eran invencibles, y al mismo tiempo para imponer á los celtas galos, y á los amigos y contrarios de César en Roma, con el paso del caudaloso rio que hasta entonces solo habían conocido los romanos de nombre.

Los usipios, ó usipectos segun los celtas, y los téucteros, incapaces de defender su territorio contra los suevos que recorrieron el país asolando todo lo que encontraban á su paso mientras estaban en la orilla derecha del Rhin, habían emigrado ya en el año 50, dirigiéndose rio abajo, y expulsado á su vez al pueblo celta de los menapios que cediendo

al mayor número se había establecido en la orilla izquierda desde donde podía resistir mejor á las hordas invasoras de su país. Estas, fingiendo en el invierno de 56/55 que se retiraban á sus antiguos establecimientos que habían abandonado á los suevos, los engañaron. Viendo los menapios su

país libre de invasores, volvieron á cruzar el rio para visitar sus aldeas abandonadas, y al tener noticia de esto volvieron los usipios y téucteros recorriendo á caballo y en una sola noche las tres jornadas hechas; sorprendieron á los confiadados menapios; se apoderaron de sus embarcaciones y pa-



Puente de tablas sobre el Rin. Corte trasversal, plano y corte longitudinal. Distancia entre A B 11,75 metros aproximadamente. Ancho del puente en la parte superior 9,50 metros

sando en ellas el rio, se instalaron en sus moradas en la otra orilla, donde pasaron el invierno viviendo de las provisiones que en ellas tenían guardadas los menapios. César, al tener noticia de estos sucesos, decidido á no sufrir nuevas invasiones, tanto menos cuanto que los celtas en sus continuas sublevaciones contra el poder romano se reforzaban con mercenarios germanos, particularmente con caballería, estableció en frente de ellos entre Nimega y Cléveris un campamento fortificado, en el cual se apoderó de todos los jefes y notables de los germanos que habían ido á verle para negociar; y hecho esto cayó como el rayo sobre los germanos, que faltos de sus jefes hubieron de arrojar al rio casi sin hacer resistencia; de modo que de las 430,000 almas entre hombres, mujeres y niños que formaban aquel pueblo, solo se salvaron

los de á caballo que casualmente no se hallaron allí cuando ocurrió la matanza. Estos encontraron refugio entre los hospitalarios sicambros establecidos al otro lado del Rin á orillas del Lipe, los cuales contestaron á César cuando les exigió la extradición de los fugitivos: que la frontera del pueblo romano era el Rin y que al otro lado nada tenía que buscar. César, para lavarse de la mancha de su insigne traición, dice que los jefes bárbaros fueron á visitarle en su campamento solo con el objeto de ganar tiempo hasta la vuelta de su caballería que había salido á hacer provisiones. Por otra parte es cierto también que durante la tregua, tácitamente convenida, los enemigos atacaron y causaron considerables pérdidas á la vanguardia romana; pero también es cierto que los jefes enemigos se habían acercado á César

cabalmente para disculparse de esta infracción, y que el senado romano vituperó seriamente y con mucha razón el proceder del general, tanto que Caton propuso que se entregara á César á los germanos. Este último entre tanto estableció en diez días un puente de tablas sobre el rio y penetró acto continuo en el país de los sicambros que encontró desierto por haberse retirado los germanos con todo su ajuar y propiedad mueble al interior de sus selvas. César hizo incendiar las aldeas, caseríos y las mieses, recibió la sumisión de algunos distritos limítrofes, y abandonó el país devastado para pasar al de los ubios á fin de auxiliarlos contra los suevos. Estos eran probablemente los catos, que al tener noticia de la construcción del puente habían determinado



Moneda de plata de César con su busto coronado de laurel.

en asamblea popular abandonar sus aldeas, trasladar sus mujeres é hijos á las selvas, reunir todo el pueblo armado en un punto situado en el centro de su territorio, y aguardar allí á los romanos. César sin embargo no hizo caso de ellos; creyó haber hecho bastante para su fama y su objeto con haber castigado á los suevos, libertado á los ubios de sus enemigos é inspirado un temor saludable á todos los germanos en los diez y ocho días que había pasado en la orilla derecha del Rin. En su consecuencia volvió á pasar el rio y destruyó su puente.

En el año 53 pasó César el Rin por segunda vez para castigar á los catos, de la raza sueva, que habían auxiliado con jinetes á los treverios sublevados, y al mismo tiempo para impedir que allí diesen hospitalidad á un jefe celta á quien el caudillo romano perseguía de muerte. Volvió pues á construir otro puente un poco mas arriba del primero, y llegando al otro lado supo de los ubios, que los suevos habían llamado á las armas á todos los pueblos y tribus que abarcaba su territorio, y que todas las fuerzas reunidas, á pié y á caballo, se habían retirado al extremo Este de su país, es decir, á la selva Bacenis, donde esperaban el ataque de los romanos. César no creyó necesario internarse tanto en su busca; y después de haber destruido todos los frutos que habían quedado, y obligado á los ubios á depositar todas sus provisiones en las ciudades y en el campamento romano, donde empezaba ya á sentirse la escasez, se retiró con su ejército. Sin embargo, dejó una parte del puente sin derribar como amenazando volver, fortificó la cabeza intacta con una torre de cuatro pisos y otras obras, y dejó allí una guarnición de doce cohortes que continuó por mucho tiempo.

Por análogos motivos pasó César también dos veces á la Bretaña, en 55 y 54 antes de J. C., para imponer á aquellos celtas isleños, é impedir que auxiliasen ó diesen hospitalidad á sus hermanos del continente. Ocho años habían bastado al gran romano para la sumisión completa de toda la Galia desde los Pirineos hasta el Rin. En este período había vencido á tres millones de combatientes que los diversos enemigos le habían opuesto, de los cuales un millón había muerto y otro quedado prisionero. Por lo pronto habían perdido los germanos de todas las razas las ganas de buscar en la Galia una nueva patria y fundar allí nuevos reinos, porque la derrota de Ariovisto y la destrucción de los suyos, después de la de los usipios y téucteros, y finalmente el ningún éxito de otra proyectada invasión sueva, cuyas fuerzas se habían presentado muy amenazadoras en el año 53 á orillas del Rin, prontas á auxiliar á los treverios, los habían escarmentado radicalmente. César con su invicta espada tiene la gloria imperecedera de haber hecho parar la corriente de naciones ambulantes con tanta eficacia, que solo al cabo de dos siglos empezaron á renovar sus ten-

tativas de invasión. A sus sucesores legó su política agresiva que continuaron los emperadores de su familia primero en dirección de Oeste á Este y luego también por el lado del Norte.

Los celtas en su resistencia desesperada habían enganchado en su servicio guerreros germánicos y César los imitó, tomando á su servicio principalmente los que se presentaban montados, por ser mejores jinetes que los romanos y los celtas.

CAPITULO III

LA POLÍTICA AGRESIVA DE ROMA CONTRA LA GERMANIA HASTA LA RENUNCIA Á SU CONQUISTA

Cuando César dejó la Galia para conquistar para sí el gobierno absoluto del imperio, llevóse entre sus tropas además de muchos cuerpos celtas también mercenarios germánicos, cuyo valor había tenido hartas ocasiones de probar. Estas cohortes, compuestas de treverios aliados y de vangiones y bátavos, fueron las que decidieron la batalla de Farsalia, que hizo á César dueño del imperio. Su sucesor Augusto, y después Calígula y otros emperadores formaron su guardia preferentemente de germanos por ser valientes y fieles. Augusto los licenció después de la catástrofe de Varo; pero á pesar de esto aumentó tanto el número de estos bárbaros en todos los ejércitos de Roma, que llegaron á excitar serios cuidados por la seguridad del imperio.

En los cuatro días que duraron las fiestas triunfales de César después de la conclusión de la guerra civil, se presentó también un espectáculo representando el Rin, «donde después las armas romanas alcanzaron tantos triunfos aunque ninguna victoria definitiva.»

César, dueño absoluto ya, llevó una colonia romana á Narbona en el año 46 antes de nuestra era, y fundó en el territorio de Marsella las colonias de Beziers, Arlés, Frejus y Orange que ya mencionamos antes. Los territorios nuevamente adquiridos fueron por lo pronto comprendidos en la provincia narbonense y gravados con un impuesto de algo mas de 11 millones de pesetas que repartidas entre los pueblos habían de entregar estos á los encargados del fisco. Quedó también hasta nueva orden funcionando como antes la organización celta en los pueblos y distritos bajo la dirección de sus druidas y nobles. Es verdad que de estos últimos los que no se pasaron al partido romano, habían sido poco menos que completamente exterminados con sus familias en las luchas sangrientas y prolongadas por la independencia del país, y aun en el año 46 hubo necesidad de sofocar todavía una sublevación de los belovacos. Pero los adictos á Roma fueron protegidos por todos los medios posibles; se introdujeron en el país muchos colonos romanos, y el latín reemplazó finalmente al idioma celta en las relaciones oficiales. En el año 44 dividió César toda la Galia en tres provincias militares independientes entre sí y solo dependientes de Roma: la Narbonense, la Bélgica y la Cuenca del Loira con la Aquitania.

A la muerte de César, que ocurrió en el mismo año, se temió en Roma una sublevación general de la Galia; pero el lugarteniente general Lucio Munacio Planco que residía en Reims (Durocortorum), mantuvo las tres provincias en la obediencia. Fundó este funcionario el año siguiente, en 43, varias plazas fuertes cuya excelente posición estratégica probaron los sucesos posteriores, y fueron Raurica, llamada después Augusta Rauricorum y hoy Augst, en el recodo que forma el Rin cerca de Basilea, y luego Lion (Lugdunum) en el ángulo que forma la embocadura del Saona con el Ródano. En el año 40 encargó Octaviano por el tratado